

Eric Hobsbawm: Años interesantes. Una vida en el siglo XX.
Editorial Crítica, Buenos Aires/Barcelona, 2003. (407 pp).

Por Sergio A. Pujol

Docente e investigador de la UNLP y el CONICET

La noticia debe haber sorprendido a más de uno. ¿Eric Hobsbawm encarando una autobiografía? ¿El insobornable analista de la historia moderna contando su vida y desplazando así el foco del proceloso pasado económico y social a su vida privada? Pero, una vez más, el autor de esa magnífica serie sobre la modernidad que empezó con *La era de la revolución 1789-1848* y concluyó con *Historia del siglo XX* nos muestra con refinada elocuencia que las cosas difícilmente son lo que parecen. Y la autobiografía se convierte así en un complejo tramado historiográfico, en el que habitan innumerables nombres propios, algunos famosos (estadistas, intelectuales, revolucionarios) y otros sacados a la luz por el inquisitivo Hobsbawm. Más que la confesión de errores y virtudes de una vida sin duda apasionante, llena de situaciones y relaciones humanas, la narración avanza de la memoria hacia la Historia, y en su amplio barrido revela el curso mismo del siglo XX.

Hobsbawm nació en Alejandría en 1917, cuando el imperio británico rebosaba de salud –no obstante la sangría de la Primera Guerra Mundial– y en Rusia los bolcheviques convertían un golpe de Estado en una revolución. Lo que en un biógrafo reblandecido sería un comienzo cargado de nostalgia, Hobsbawm lo utiliza para analizar las particularidades ideológicas y de carácter de una familia judía que emigra de los confines del gran imperio decimonónico al corazón de la Viena de los años veinte. En este sentido, la mirada del historiador es implacable: detalles “menores”, como la mediocridad de su padre o la admiración de su madre por la cultura británica, aparecen como tendencias de época. Lo mismo puede decirse de la minuciosa descripción de Berlín entre 1931 y 1933, cuando un adolescente judío descubre la idea comunista de la mano del tío Otto y absorbe la cultura de una sociedad en crisis, sociedad que el adolescente devenido en adulto nunca olvidaría. Lector de Karl Krauss y alumno destacado del *Prinz-Heinrichs-Gymnasium*, el muchacho de aspecto poco atractivo y mente brillante pierde a sus padres antes de cumplir los 15 y, al llegar Hitler al poder, se muda con sus tíos a Londres, donde retoma sus estudios secundarios, para presentarse luego con éxito a una beca en Cambridge. Allí frecuentará el ambiente progresista de una *intelligentsia* que abraza la causa comunista. Corren tiempos de fuertes polarizaciones políticas y Hobsbawm se descubre a sí mismo militando en el Partido Comunista británico y apoyando con entusiasmo a los republicanos españoles y a los frentes populares de todo el mundo, mientras sus pares –y él entre ellos– asimilan juiciosamente las órdenes emanadas de Moscú.

Cuando Hitler pone en marcha la Operación Barbarroja, los “rojos de Cambridge” se sienten aliviados de la pesada –y a todas luces suicida– instrucción de la Tercera Internacional que, bajo el sofisma de “clase contra clase”, los ha adoctrinado contra los Aliados casi tanto como contra el nazismo. Son años dramáticos pero, en cierto modo, de claridad meridiana para miles de marxistas jóvenes que ahora pueden luchar sin quebrantos ideológicos ni morales contra el proyecto del Eje.

Con precisión, la memoria y el archivo personal de Hobsbawm reconstruyen imágenes emblemáticas de aquel tiempo. En muchas de ellas, el futuro historiador es protagonista y espectador a la vez, una combinación que, de acuerdo a la estrategia narrativa del libro, articula lo individual a lo colectivo:

“Así, en junio de 1941, los miembros del Partido, respirando aliviados, retomaron el discurso que habían defendido antes de la guerra, y se volvieron a unir a la masa

de los británicos corrientes. Por propuesta mía, conseguí que todos los miembros de la división 560 firmaran, empezando por el sargento mayor de la compañía, un balón de fútbol y lo envié a la embajada soviética de Londres para que lo hicieran llegar a una unidad de ingenieros equivalente a la nuestra del Ejército Rojo. Creo que el *Daily Mirror*, que entonces ya era en buena medida el periódico de las fuerzas armadas, publicó una fotografía. Después del 22 de junio del 41 la propaganda comunista más o menos se las arregló como pudo”.

Son sin duda los años de la Guerra Fría los más interesantes de todos estos “años interesantes”. A lo largo de los cincuenta y hasta fines de los sesenta, Hobsbawm produce el núcleo central de su obra, empieza a ser conocido como referente del eurocomunismo y escribe un singular libro de jazz, una de sus pasiones más longevas y más fielmente correspondidas (“El jazz se convertiría en la llave que me abriera las puertas de prácticamente todo lo que conozco de la realidad americana, y en menor medida de la antigua Checoslovaquia, Italia, Japón, la Austria de posguerra, además de otras zonas de Gran Bretaña desconocidas hasta entonces”). Si bien su trabajo de historiador tal vez no alcanza la originalidad del de su amigo E.P. Thompson y su figura de intelectual marxista no resulta tan seductora como la del Sartre de “la razón dialéctica”, su influencia en más de una generación de lectores de libros de historia será considerable, incrementándose notablemente desde la década del setenta.

Desde la edición de *Rebeldes primitivos* en 1959, Hobsbawm pertenecerá al círculo de historiadores británicos que, en sintonía con sus pares franceses e italianos, contribuyen a la renovación de las Ciencias Sociales. Pero esta moderada fama no le evita al historiador dificultades a la hora de circular en un mundo fuertemente escindido, en el que los recelos y las sospechas van más allá de las habituales conspiraciones de camarillas académicas. Con la cacería de brujas a la orden del día, ser un declarado marxista, miembro del PC y además judío enemigo del sionismo no son cartas muy favorables para quien busca hacerse un lugar en el mundo del libro de Historia. Ante esta situación, sólo el coraje de un editor posibilita que el profesor del recoleto *Birkbeck College* pueda dar a conocer sus investigaciones sobre la formación del capitalismo y la clase trabajadora más allá del círculo de lectores de la revista *Past and Present*. Para entonces, Eric Hobsbawm ya es un autor más interesado en despertar el interés de un lector “culto medio” que en obtener la aprobación (que sin duda la tendrá) de sus compañeros académicos.

Una perla del libro son las definiciones con las que el autor despacha una serie de temas de *campus*, mofándose un poco del aislamiento social en el que suelen incurrir los académicos de cualquier especialidad. Un ejemplo:

“Vivido desde dentro, un seminario de investigación puede resultar involudable, pero visto desde afuera –y pienso en los que yo mismo di en el Institute of Historical Research de Londres durante los años setenta y en 1980– es sólo unas cuantas docenas de personas reunidas a última hora de la tarde en torno a una mesa y rodeadas de libros, discutiendo un artículo leído por una de ellas o por un invitado y que, al salir, se van al *pub* de la esquina a tomar un par de copas. Viéndolo como argumento de una película no da para un corto”.

¿Por qué razón un observador tan crítico en todos los frentes de la vida social y política no abandonó el partidismo comunista después de la feroz represión soviética contra Hungría en 1956? Hobsbawm se hace esta pregunta en diversos tramos de su autobiografía, creando un cierto suspenso literario, finalmente resuelto sin grandes revelaciones ni gestos espectaculares. En realidad, esta fidelidad partidaria –que lo tendrá en el centro de las polémicas de los noventa, cuando criticar al “comunismo real” sea tan frecuente como fácil– nunca fue demasiado activa (modestamente, Hobsbawm no se siente una figura central del mundo intelectual del siglo XX) y por lo tanto su practicante no sentirá necesidad de romper dramáticamente con su vieja fe política. Como un matrimonio rutinario en el que los buenos recuerdos compensan la realidad de un presente nada excitante, la dupla Hobsbawm-comunismo sigue unida más allá de los años sesenta, período histórico que el autor confiesa no entender del todo bien (“Nosotros, o al menos los rojos de mediana edad pesimistas congénitos como yo, que teníamos en nuestras carnes las heridas de media vida de decepciones, no podíamos compartir el optimismo casi cósmico de los jóvenes que se sentían atrapados en aquel vórtice de la rebelión internacional”).

Finalmente, el duro analista de las sociedades deja entrever las heridas de su corazón: el recuerdo de tantas personas devoradas por el fascismo, de tantos sacrificios personales en pos de un ideal colectivo, instala una amarga nostalgia en el profesor desarraigado y universalista, viajero en el tiempo y en el espacio. “La seguridad de nuestra victoria y la experiencia de la fraternidad” son certezas que emergen del recuerdo de un hombre formado en los treinta y cuarenta; y son, sobre todo, elementos identitarios de toda una generación. Lejos tanto del revolucionario extemporáneo como del ex comunista convertido en histórico

anticomunista, Hobsbawm entra al siglo XXI confiándole al lector (en gran medida, *su* lector de tantos años) los dilemas más profundos de su existencia. Y es justamente en esos tramos de confianza cuando su libro alcanza un nivel de intensidad infrecuente:

“Estoy dispuesto a conceder, con harto dolor en mi corazón, que la Internacional Comunista de Lenin no fue una idea tan buena y que –en este caso sin la menor dificultad, pues nunca he sido sionista– tampoco lo fue el proyecto de Theodor Herzl de crear un Estado-nación judío. Más le habría valido quedarse en la *Neue Freie Presse* en calidad de columnista estrella. Pero si se me plantea que sostenga el argumento de que la derrota del nacionalsocialismo no valió los cincuenta millones de muertos que costó y los infinitos horrores de la Segunda Guerra Mundial, simplemente no puedo hacerlo”.

Cuando ya todos creíamos que su libro sobre el “corto siglo XX” era su último gran aporte a la Historia, Eric Hobsbawm nos sorprende doblemente, al combinar la erudición y capacidad de análisis de sus mejores trabajos con la perspectiva subjetiva. Que *Años interesantes* haya sido escrito por un señor de 85 años no es algo que deba resaltarse con esa triste indulgencia con la que nuestro mundo suele tratar a los ancianos. Pero tampoco es un dato menor: habla de la vitalidad de un intelectual que pensó el marxismo más como una herramienta para entender el pasado que como una doctrina, y a la vez constituye un poderoso testimonio (acaso debiera decirse documento) de una manera de razonar y escribir la Historia. Valga al respecto la definición con la que, con su habitual *humour*, Hobsbawm caracteriza su trabajo, en clara contestación a los enfoques de microhistoria: “La historia en el sentido más amplio consiste en averiguar cómo y por qué *Homo Sapiens* pasó del Paleolítico a la era nuclear”.